

ATIENZA:

Luis Salvador Carmona y su Cristo del Perdón

Z. SANJUAN GARCÉS

Cuando el viajero amante del arte llega a cualquiera de nuestras villas castellanas y penetra en sus templos de bellos ábsides y bóvedas estrelladas, despierta en él la atención al ver esos altares elegantísimos de los siglos XVII y XVIII, ricos de ornamentación y exuberantes de oro viejo presididos por imágenes de unción sobrecogedora que, como huella marcada en la religiosidad y amor a la tradición, nos dejaron los artistas castellanos.

Esas circunstancias se dan en Atienza, donde sus gentes sencillas se muestran orgullosas de conservar dentro del estuche de sus iglesias, interesantes obras de arte, como la mejor herencia de sus antepasados.

Digna de admiración, es el Cristo del Perdón, calificada por el Padre Minguella de «admirable y primorosa», obra maestra del escultor Luis Salvador Carmona, artista nacido en Nava del Rey, hijo de un matrimonio de escasos bienes de fortuna, pero de la más acrisolada honradez. Por los datos biográficos que nos dejó en su historia el culto abogado navarrés, don Federico Carbonero, sabemos que ese magnífico imaginero, demostró la austera seriedad y la inflexible fijeza de pensamiento que avalora el proverbial carácter castellano. En sus primeros años, allá por el segundo decenio del siglo XVIII, demostraba una vocación artística rudimentaria que pronto tomó mayor ensanche merced a la protección de un canónigo de la Colegiata de su villa natal quien, conocedor de las felices disposiciones del despierto niño, le proporcionó los medios económicos necesarios para su traslado a Madrid, a la escuela de don Juan Ron que por entonces gozaba de gran fama, logrando con ello que esa despierta inteligencia, no se viera obscurcida en aquella villa. En la corte, pronto demostró cuán fundadas eran las esperanzas de su protector. Su preparación como imaginero fue rápida, manejando

del siglo XVIII que se conserva en el archivo parroquial, del que resulta ser su autor un beneficiado del Cabildo. Dice así: «Esta imagen, es de lo más primoroso que han visto los más famosos estatuarios, ejecutada en Madrid en 1753 por la inimitable mano de Luis Salvador Carmona... Esta efigie representa la Oración del Huerto; es del grandor y corpulencia de un hombre de dos varas y se halla como de rodillas en esta forma: toda la rodilla siniestra y parte de la canilla, descansa sobre un globo de media vara de diámetro, cubierto con un paño morado y todo lo restante de la pierna, en el aire; la rodilla derecha, está sobre la parte superior del mismo globo, descansando en la tierra la punta del dedo gordo del pie y todo el intermedio en hueco; los brazos doblados con mucha naturalidad, levantados con rectitud desde las sangrías, con las palmas de las manos hacia el pueblo, como enseñando las llagas; el rostro, un poco levantado hacia el cielo, con los ojos fijos en él; la cabeza con una terrible corona de espinas y desmelenado el cabello; en el hombro izquierdo, una llaga grande y otra encima del ijar izquierdo; el costado, pies y manos, con sus regulares llagas; las espaldas amagulladas, descarnadas por algunas partes y chorreando sangre; el cuerpo, todo acardenalado... Finalmente, está tan imitada al natural, que las más delicadas leyes de anatomía, se hallan en perfección en esta Santa Imagen, tanto que se llenan de pasmo y admiración cuantos facultativos la miran, prorrumpiendo todos como si se avisasen diciendo así: Ni en Roma puede haber cosa mejor».

En la cabeza, además, no falta el motivo realista de la espina taladrando la ceja derecha; y en el globo sobre el cual aparece arrodillado el Cristo, aparecen pintadas las escenas del Paraíso Terrenal, el diluvio universal y la destrucción de las ciudades nefandas, cuya pintura, en su perfección, corre parejas con la de la escultura, recordando por la firmeza de línea y morbidez de carnes, al sobrino del artista Manuel Salvador Carmona, insigne grabador e hijo político del inmortal pintor Mengs.

Varias son las imágenes de la misma advocación de las cuales tenemos noticias de su existencia. Son dos en Valladolid, una en la iglesia de San Nicolás, del siglo XVII, de autor anónimo; y la otra en la de la Magdalena, realizada el año 1662 por Francisco Díaz de Tudanca, que puede clasificarse dentro de la escuela de Gregorio Fernández; pero ninguna de ellas muestra en pies, manos y costado los estigmas de la pasión. Otra talla similar, que titulan indistintamente Cristo del Perdón o de la Caridad, debida a la gubia de José Salvador Carmona (también navarrés, sobrino y discípulo de Luis), se encuentra en Priego, de cuya imagen, según datos aportados por su cura párroco, don Eusebio Buendía, se dice que procedé de Aranjuez, por donación de la Casa Real, siendo la fecha aproximada de su factura, la de 1761; es semejante en cuanto a la actitud de su figura a la del Cristo del Perdón de Atienza, pero no idéntica. En la Granja de San Ildefonso, se da culto al Cristo del Perdón ante el cual oraba San Antonio María Claret, y el que fue infatigable historiador atencino, don Julio de la Llana, leyó en una Guía Turística que esa escultura era dúplica de la de Atienza. Tordesillas procesiona anualmente los días de la Semana Mayor, otra estatua del Cristo del Perdón, de la escuela castellana; y, finalmente, en la capilla del Evangelio del Convento

de PP. Dominicos de Nuestra Señora del Rosario, en la calle Ancha de San Bernardo madrileña, se veneraba otra bella imagen de Cristo con el título del Perdón que hizo, a mediados del siglo XVII, el célebre escultor portugués Manuel Pereira y encarnó Francisco Canudo; su postura, según Alvarez y Baena, es la de arrodillado y la pierna izquierda sobre un mundo; desnudo, el cuerpo y rostro muy lastimoso, con las manos abiertas puestas en disposición de mostrar las llagas; esta imagen fue admirada en 1755 por el religioso de la Congregación de San Jerónimo, de Lombardía, Padre Norberto Caino, como éste nos refiere en la carta IX de las que escribió aquel año en su viaje por España.

De estas seis imágenes, la última y las dos de Valladolid, fueron esculpidas aproximadamente nueve decenios antes que Luis Salvador Carmona tallara los Cristos del Perdón de Atienza y Nava del Rey, opinando en razón de la proximidad de su villa natal con la capital vallisoletana y por su vecindad madrileña, que el artista tendría ocasión de conocerlas y se inspiraría para la realización posterior de su obra maestra.

En los archivos de la villa, no aparece documento fehaciente del que resulte la atribución del Cristo del Perdón de Atienza a Luis Salvador Carmona. Es cierto. Pero, ¿no debe considerarse suficientemente probada su procedencia con la afirmación y detallada descripción que resulta del manuscrito referido? Sin embargo, existen documentos de los que resulta que esa escultura fue bendecida y entronizada en su actual capilla, el año 1765, por el Padre Fray Juan de la Riega.

En Atienza, además, existe una Virgen del Rosario en la iglesia de San Juan a cuyo pie consta que fue hecha por José Salvador Carmona, en Madrid el año 1772. Esta imagen, por el pliegue de sus vestidos elegante y natural y finísima pintura, resulta interesante. También hasta el año 1936 hubo en la ermita de Santa Lucía otra talla de su titular, de parecidas características de la del Rosario, y en su peana tuve ocasión de leer una inscripción de la que resultaba que su autor fue el mismo José Salvador, fechada en Madrid el año 1773. Ello demuestra el interés de la villa en aquellos tiempos, en la demanda de las obras de los imagineros Salvador Carmona.

Pero volvamos a ocuparnos sobre el Cristo a que nos venimos refiriendo. Resulta difícil comprender el misterio de la Pasión que representa esa imagen. Diversos escritores coinciden en que el artista navarrés, no pensó legarnos la estampa histórica de la Oración del Huerto, sino como él la concibió, sorprendiendo el alma de Jesús sufriendo en su presencia todo el cúmulo de la pasión, hasta la innominosa lanzada que, ya muerto, le abrió el costado; y ante esa obra de gran patetismo, sentirá el disipado la dominadora impresión que experimentó el poeta incrédulo en la desierta iglesia que visitó por distracción, y que tradujo así:

En antiguo templo entré
sin intenciones de orar,
porque mi pérdida fe
ya me veda el suspirar...
Y no obstante suspiré.

El artista pretendió la repentina y máxima emoción del espectador, poniendo de relieve en esa imagen, las angustias de la víctima ante el cruento martirio previsto; quiso dejar en su obra plasmado el cumplimiento de la profecía de Isaías, de que no quedaría parte sana alguna en el cuerpo de Jesús. Esto es lo que el escultor, sin duda, quiso testimoniar y... lo consiguió de una manera magistral.